todos tomasen *whisky*. La señora de Chaffery y Ethel lo bebieron con azúcar y limón; Lewisham admiróse mucho viendo á su esposa beber un ponche.

Al despedirse, la suegra volvió á abrazar efusivamente á su yerno, y hasta se mostró satisfecha por cuanto había ocurrido.

Mientras regresaba á su hogar, Lewisham iba pensativo y preocupado. El problema planteado por Chaffery revestía á sus ojos enormes proporciones. A veces, el esbozo filosófico ó auto-retrato que el *medium* se hiciera, burla burlando, como ejemplo de sinceridad mental y de ingenio artístico, hasta resultaba plausible. Lagune, indiscutiblemente, era un asno y no había duda de que las investigaciones psíquicas, era una invitación á la superchería... Luego pensó en el caso, relacionándolo con Ethel...

—Tu padrastro habla y discute y razona con tal rapidez — exclamó sentándose en el borde de la cama y quitándose las botas, — que no es fácil entenderlo, ni seguirlo... Habla, discute y razona rápidamente... rapidísimamente... No hay modo de objetarle...

Reflexionó un momento, se acabó de quitar las botas y se quedó con ellas en la mano.

—¡Bah!... Todo cuanto ha dicho es falso... completamente falso. Diga lo que diga, el bien es el bien, y el engaño es engaño.

—Esa es mi opinión — exclamó Ethel delante del espejo. — Pienso exactamente lo mismo que tú.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XXIV

LA ENTRADA EN CAMPAÑA

El sábado, tan pronto como Lewisham salió de la alcoba al gabinete, volvió del gabinete á la alcoba, mostrando con gesto indignadísimo un documento. La señora de Lewisham estaba vistiéndose, y se detuvo aterrada.

Ethel miró el papel y comprendió que las columnas verticales representaban una cantidad crecida, y que el detalle de los artículos, anotados en una jerga ininteligible anglo-germana, era muy largo. *De carbón, ó peniques*... Esta línea figuraba repetidísima en la formidable enumeración de partidas, y resultaba inacabable y siempre igual, como los botones de un uniforme. Aquella era la primer cuenta presentada por la señora Gadow. La joven tomó el documento de manos de su esposo, y lo examinó más de cerca, sin que por ello disminuyese el total. Los precios eran escandalosamente caros, y, cosa curiosa, ya las faltas de ortografía no tenían gracia.

La cuenta echó la llave á la luna de miel del matrimonio Lewisham. En un instante desvaneciéronse ficticios esplendores.

Durante una semana inolvidable, nuestro héroe vivió convencido de que la vida era sólo amor y misterio; ahora, con entera claridad, le recordaban que la vida es imposible sin la lucha por la existencia y sin la firme voluntad de vivir.

Lewisham gruñó y renegó, y el desayuno resultó

turbado por los murmullos de indignación del esposo y por los balbuceos consternados de la esposa.

—Es absolutamente indispensable que hoy á medio día obtenga una rebaja de esta cuenta — observó Lewisham; y mirando el reloj y empaquetando los libros de estudio, dió á su mujer, por vez primera, un beso que no era el beso solemne de la semana que finaba: era ya el beso rutinario, dado con prisa y por obra de la costumbre.

Salió, cerrando la puerta, y se fué á sus clases. Ethel no la acompañó, él la disuadió de tal propósito, y queriendo ella hacerse útil, se dispuso á ponerle en limpio una parte de los apuntes de Biología Botánica, que, por cierto, iban atrasadillos.

Camino de la Escuela, Lewisham sentía angustias y desfallecimientos de corazón. Estaba preocupado, única y exclusivamente, por cuestión aritmética. El problema que, de un modo tan exclusivo y tan único, le ocupaba el pensamiento y le llenaba la atención, puede expresarse clara y perfectamente en la vulgarísima forma comercial.

DEBE:

	L	S	D
Omnibus (por retrasos)			2
Seis almuerzos en el Casino Estudiantil		5	2 ½
Dos paquetes de cigarrillos (para fumar después de comer)			6
Mudanza y casamiento	4	18	10
Compras indispensables de ropa para la recién casada		16	1
Gastos caseros	1	1	4 ½
«Cosillas» compradas por la Sr. de L.		15	3 ½
Cuenta de la Sra. Gadow, por alquileres, carbón y servicio	1	15	
Error imposible de encontrar			4
Existencia	50	11	2
Total L.	60	3	11 ½

HABER:

	L	S	D
En Caja. { Sr. Lewisham	13	10	4 ½
En Caja. { Sra. de L.		11	7
En el Banco	45		
Beca de Kensigton	1	1	
Total L.	60	3	11 ½

Así queda demostrado, aun para las personas menos prácticas, que, prescindiendo de los gastos del casamiento y de las «cosillas» compradas por Ethel, los gastos excedían en más de dos libras esterlinas á los ingresos; y un sencillísimo cálculo aritmético demostrará, también, que bastan sólo veinticinco semanas para acabar con las existencias disponibles.

Además, la guinea semanal de la beca, no constituía ingreso durante las veinticinco semanas, y sí sólo durante quince; y entonces el exceso de gastos excedería en más de tres guineas, con lo cual las existencias ya no alcanzarían más que para veintidós semanas. Estos detalles, tal vez se les antojarán superfluos y aun desagradables á las lectoras y á los lectores, pero... ¡imaginen cuánto más desagradables se les antojarían á Lewisham, que iba pensando en ellos camino de sus clases! Así se comprende que se escabullera del laboratorio y se deslizara hasta la sala de estudio, en la cual el infatigable Smithers — que estaba atareadísimo preparándose para el ya inmediato segundo examen, indispensable para aspirar al «Premio Forbes», — se quedó tan lleno de curiosidad como de asombro, al ver á Lewisham hojear atentamente los últimos números de periódicos, tales como *Educational Times*, *Journal of Education*, *School-master*, *Sciencia and Art*, *University Correspondant*, *Nature*, *Athenæúum*, *Academy*, *Author*, etcétera.

Smithers se fijó en un cuadernito misterioso, al cual, de vez en cuando, le añadía una nota. Poco á poco se fué acercando hacia la mesa inmediata á la de Lewisham, y le preguntó á boca de jarro:

—¿Qué demonios busca usted?...

Y al preguntar, miró con mirada aquilina á los periódicos, y observó que su condiscípulo leía las planas de anuncios. Hízose un verdadero mar de confusiones.

—¡Bah! ¡Nada! — contestó tranquilamente Lewisham, poniendo, como por casualidad, la mano sobre el cuaderno que tenía abierto. — Y usted... ¿qué repasa?...

—Casi nada. ¿No estuvo usted en la reunión del viernes último?...

Smithers se plantó á horcajadas sobre una silla, y, meciéndose, comenzó á criticar, á media voz, las opiniones políticas de la *Debating Society*. Lewisham le oía distraídamente, y le contestaba con laconismo. ¿Qué le importaban aquellas niñerías?... Al fin, aun cuando de mala gana, se marchó Smithers. En la puerta apareció Parkson, que no había vuelto á cruzar la palabra con Lewisham después de la noche en que éste lo plantó groseramente. Parkson dió un gran rodeo para ir á sentarse en un rincón, demostrando con esto, y con la solemne gravedad de su semblante, que había notado la ofensiva presencia de Lewisham.

Las investigaciones á las cuales estaba consagrado nuestro héroe, eran de dos clases. Buscaba algún medio de aumentar, merced al trabajo personal, el ingreso de la guinea que cada semana recibía por la beca, y quería averiguar en qué condiciones se hallaba el mercado dactilográfico. Por de pronto acarició la esperanza, prontamente perdida, de obtener plaza en las escuelas nocturnas, durante el mes de Marzo. Pero, salvo en casos de muerte repentina, no hay escuela nocturna en Londres que cambie su personal docente después de pasado Septiembre. Las lecciones particulares le agradaban más, pero, realmente, no podía hacer ofrecimientos concretos. Aun juzgaba con criterio juvenil sus aptitudes; de no ser así, no hubiera perdido el

tiempo en tomar nota de una vacante de profesor de Física en la Universidad de Melbourne, y de otra vacante de director de una revista mensual, dedicada á cuestiones sociales. Sin duda se creía capacitado para actuar como director, aun cuando era muy posible que el propietario de la revista no fuera de la misma opinión. También anotó la vacante de conservador del Museo de la Escuela de Eton.

La dactilografía era campo menos variado y más definido. Por entonces, la excesiva competencia no había bajado la tarifa al precio poco remunerador de diez peniques por cada mil palabras; lo corriente era pagar diez y ocho peniques por millar. Calculando que Ethel dactilografiara mil palabras por hora, y que pudiese trabajar cinco ó seis horas diarias, era evidente que contribuiría no poco al aumento de los ingresos conyugales; acaso, acaso, pudiera ganar treinta chelines semanales. Naturalmente, Lewisham se alegró muchísimo con tal descubrimiento. No encontró anuncios de autores, ni de emborronadores de cuartillas, que solicitasen dactilógrafos; pero sí leyó muchos anuncios de dactilógrafos que ofrecían sus servicios, en las columnas de periódicos literarios. Era evidente que Ethel debía anunciarse. «Especialidad en manuscritos científicos», se le antojó á Lewisham que sería recomendación de buen éxito. Volvió á su casa, esperanzadísimo, y cargado de notas de empleos vacantes. De camino, compró cinco chelines de sellos de Correos.

Después del almuerzo, Lewisham, un tanto emocionado, mandó llamar á la señora Gadow. Esta llegó con semblante afabilísimo; pero, tan luego como se enteró de la reclamación, su actitud fué más germánica que concretamente británica. Habló mucho, gesticuló mucho y... ¡maldita casualidad bilingüe!... todo lo difícil de la discusión lo expresó en alemán ininteligible. Por cortesía, y por no poseer suficientemente el alemán, Lewisham no pudo sostener enérgicamente el debate. Al fin de media hora cumplida de escaramuceo amistosamente oratorio, se llegó á un acuerdo, que consistió

en la rebaja de seis peniques, con lo cual ambas partes se dieron por satisfechas.

La señora Gadow no se había alterado. Lewisham, por el contrario, tenía el rostro encendido, las orejas como tomates y el cabello algo alborotado; pero, al cabo, la rebaja de los seis peniques era prueba fehaciente de lo justo de su reclamación.

—Quería que pasásemos por todo — le dijo á Ethel. — Hacía falta dar pruebas de gran energía de carácter. Espero que no volverá á tratar de abusar.

—La verdad es que lo que nos ha dicho del gasto de carbón en la cocina, es cierto.

En seguida, el matrimonio, fuése á dar un paseo por los jardines de Kensigton, y, como quiera que la tarde era dulce y gratamente primaveral, sentáronse cerca del kiosko de la música: Lewisham tuvo que abonar un penique por cada asiento. Entonces principió lo que Ethel llamaba conversación formal. La joven se mostró asombrosamente sensata y discutió la situación de cabo á rabo. Insistió sobre la importancia de la economía en el orden doméstico, y lamentó su ignorancia en la materia. Quedó acordado que Lewisham le compraría, para el uso particular, un buen manual elemental de economía doméstica. La señora de Chaffery administraba su hogar siguiendo los consejos legislativos de la «Casa Rústica»; pero Lewisham estimó que esta obra no era bastantemente científica.

Ethel opinaba que podía aprenderse mucho en las revistas para señoras (precio del número seis peniques; aun no se publicaban ediciones baratas de á penique), y recordaba haberse permitido alguna vez el lujo de comprar algún número de tales revistas, aun cuando (¡ahora lo lamentaba!) sólo buscó en ellas noticias y figurines de sombreros de moda, de adornos y de otras vanidades. Respecto á la máquina de escribir, pronto, muy pronto, habría producido más de lo que podía costar. Lewisham hizo un gesto de desagrado y pensó en el acto en que la máquina no estaba incluída en el cálculo de resistencias metálicas que se hiciera. Comprando la máquina, los recursos alcanzarían para doce ó trece semanas á lo sumo.

Pasaron la velada redactando y copiando cartas, á las cuales acompañaron sellos y sobres escritos con las señas para la contestación. Aquellos ratos fueron de dulce optimismo.

—Melbourne es una población lindísima — decía Lewisham. — Allí lo pasaríamos muy bien.

Para juzgar del efecto que iba á producir, leyó en voz alta la carta en la cual solicitaba la cátedra de Física, vacante en Melbourne; Ethel quedóse extraordinariamente admirada al oir la lista de los títulos, diplomas y méritos de su marido.

—Nunca hubiera creído que supieses ni la mitad de lo que sabes — exclamó la joven, sintiéndose empequeñecida por su relativa ignorancia.

Después de semejante estímulo, era natural escribir á las Agencias de enseñanza, con cierto desahogo y seguridad.

El anuncio dactilográfico, destinado á la Revista *Athenœum*, fué algo así como un cargo de conciencia para Lewisham. Cuando hubo redactado y copiado el modelo de anuncio, haciendo destacar con letras grandes la «especialidad en manuscritos científicos», examinó los apuntes de Biología botánica que su mujer le había sacado en limpio. El carácter de letra de Ethel continuaba siendo tan infantil como el que viera antaño en el parque de Whortley; pero la puntuación, se limitaba á acentos y á guiones desparramados á granel; además, se notaba que no sabía leer las palabras que no estaban escritas con completa claridad. Así y todo, Lewisham procuró no preocuparse por esto, prometiéndose revisar y corregir los trabajos de su esposa.

—No estará de más — pensó — que, por mi parte, repase algún texto de verdadera autoridad, para fijar bien las ideas que tengo acerca de la puntuación de las palabras.

En estas ocupaciones se entretuvieron hasta muy tarde, sin acordarse del examen de Botánica que había de efectuarse al día siguiente. Resultaba agradable la

estancia en aquel gabinetito, con las cortinas corridas, buen fuego en la chimenea, encendida la lámpara de gas y teniendo á la vista las numerosas cartas escritas, que eran otras tantas esperanzas. Ethel estaba sonrosada, alegre, llena de entusiasmo, y ya daba vueltas por la habitación, ya se acercaba á su marido, ya, en fin, se le recostaba sobre el hombro, para ver cómo trabajaba. Siguiendo las indicaciones de Lewisham, le fué dando, primero, y cerrando, después, los sobres que habían colocado sobre la cómoda.

—Tú, por lo menos, sabes ayudar — dijo el esposo, echándose hacia atrás en el asiento. — Por ti soy capaz de hacer... soy capaz de hacer... ¡vaya! ¡ni sé lo que soy capaz de hacer!...

—Pero ¿es verdad que te ayudo?... ¿Es verdad que te ayudo?...

Lewisham dijo que sí con el gesto y con la cabeza. Su mujer exhaló un grito de júbilo, y, sin duda, para demostrar prácticamente que servía para auxiliar, dió la vuelta á la mesa y corrió hacia su marido con los brazos abiertos.

—¡Queridísimo mío! — exclamó.

Lewisham le pasó el brazo por el talle, y echó hacia atrás el asiento que ocupaba, con objeto de poder sentar sobre las rodillas á Ethel... ¿Quién se hubiera atrevido á decir que ella no le ayudaba?...

CAPITULO XXV

LA PRIMERA BATALLA

Las pesquisas que Lewisham emprendió para conseguir una clase nocturna ó lecciones particulares, no eran, á su juicio, sino medidas provisionales. Respecto á sus ofrecimientos para alcanzar situación de mayor estabilidad, revelaban siempre deficiencia en el sentido de las proporciones. Una plaza de profesor en Melbourne, por ejemplo, resultaba muy superior á sus méritos; y en la Escuela de Eton, hubiera sido gracioso el recibimiento que le hubieran dispensado á él y á su esposa. Al principio tenía fe ciega: en que un alumno de la Escuela de Kensigton era el único ser intelectual del orbe; en que abundaban muchísimo las plazas dotadas con sueldos de ciento cincuenta á trescientas libras esterlinas por año, y en que es sencillamente despreciable la competencia de los alumnos procedentes de Oxford, de Cambridge y de otras universidades. Pero los agentes escolares, á los cuales fué á visitar al siguiente sábado, hicieron mucho, con sincera ironía, para desengañarlo.

El empleado principal del señor Blendershin, en la sombría oficinilla de Oxford Street, puso los puntos sobre las íes, con tal rudeza, que Lewisham montó en cólera.

—¿Y por qué no director de un colegio?... — exclamó el empleado. — ¿Y por qué no pide usted una silla episcopal?... Mire... — exclamó, dirigiéndose al señor Blendershin, que entraba fumando un gran tabaco; — mire este jovencito... *no tiene* título universitario, *no tiene* conocimientos *sportivos*, tiene veintiún años de edad y dos años de práctica como maestro auxiliar, y... quiere ya ser primer jefe de un colegio.

Mientras así decía, señalaba con el cabo de la pluma á Lewisham, y se expresaba con voz tan fuerte que,